BIBLIOTECA MIGNON

SANTILLANA

Imp. Marzo, S. Hermenegildo, 32 d.º
Teléfono, 1.977

XLVI

Biblioteca Mignon.

—

B. Pérez Galdós.

SANTILLANA

Ilustraciones de Moreno Rodríguez.

MADRID
VIUDA DE RODRÍGUEZ SERRA
Salud, número 19.
—
1905

BIBLIOTECA MIGNO

á 0,75 céntimos tomo

I. V. Medina.—*Aires murcianos*
II. A. Palacio Valdés.—*¡Scio.*
III. Clarín.—*Las dos cajas.*
IV. Wagner.—*Historia de un músico en París.*
V. González Serrano.—*Siluetas.*
VI. J. Valera.—*El pájaro verde.*
VII. Luis Bonafoux.—*Risas y lágrimas.*
VIII. J. O. Picón.—*Cuentos.*
IX. Becerro de Bengoa.—*El recién nacido.*
X. J. O. y Munilla.—*Tremielga.*
XI. J. M. de Pereda.—*Para ser buen arriero...*
XII. Alfonso Daudet.—*Una anécdota del segundo Imperio.*
XIII. V. Blasco Ibáñez.—*La cencerrada.*
XIV. G. Martínez Sierra.—*Almas ausentes.*
XV. E. Menéndez y Pelayo.—*A la sombra de un roble.*
XVI. G. Núñez de Arce.—*Sancho Gil.*
XVII. Blanca de los Ríos.—*Melita Palma.*
XVIII. Arturo Reyes.—*Cuentos andaluces.*
XIX. P A. de Alarcón.—*El clavo.*
XX. M. Tolosa Latour.—*Hombradas.*
XXI. J. Benavente.—*Cartas de mujeres.*
XXII Narciso Oller.—*La bofetada.*
XXIII E. Marquina.—*Eglogas.*
XXIV P. Baroja.—*Idilios vascos.*

XXV. F. Acebal.– *De buena cepa.*
XXVI. Dr. Mariscal —*Morfinismo.*
XXVII. M. del Palacio.—*Un soldado de ayer.*
XXVIII. M. Cervantes. –*Curioso impertinente.*
XXIX. Dr. Calatraveño.—*Los niños quesutren.*
XXX. Jacinto Benavente.—*Cartas de mujeres.*
XXI. Manuel Ugarte.—*Cuentos de la Pampa.*
XXII. B. Rodríguez Serra.—*Idilios rotos.*
XXIII. Valle Innclán—*Jardín umbrío.*
XXIV. J. Echegaray.—*Los sueños de Colilla.*
XXV. Luis Taboada.—*Los cursis.*
XXVI. Eduardo L. Chavarri.—*Armónica.*
XXVII. E. G. Carrillo.—*Las mujeres de Zola.*
XXVIII. J. Dicenta.—*La finca de los muertos.*
XXIX. Escobar.—*Cosecha de mi tierra.*
L. Santiago Rusiñol.—*Hojas de la vida.*
LI. R. Blanco Fombona.—*Cuentos americanos.*
LII. Carmen de Burgos Seguí.—*Alucinación.*
LIII. J. Pérez Zúñiga.—*Villapelona de abajo.*
LIV. José Zahonero. *Pasos y cuentos cómicos.*
LV. C. Bernaldo de Quirós. *Peña Lara.*

SANTILLANA

I

Al entrar en Santillana parece que se sale del mundo. Es aquella una entrada que dice: «no entres». El camino mismo, al ver de cerca a principal calle de la antiquísima villa, tuerce á la izquierda y se escurre por junto á las tapias del palacio de Casa-Mena, marchando en busca de los alegres caseríos de Alfoz de Lloredo. El telégrafo, que ha venido desde Torrelavega, por

SANTILLANA

I

Al entrar en Santillana parece que se sale del mundo. Es aquella una entrada que dice: «no entres». El camino mismo, al ver de cerca la principal calle de la antiquísima villa, tuerce á la izquierda y se escurre por junto á las tapias del palacio de Casa-Mena, marchando en busca de los alegres caseríos de Alfoz de Lloredo. El telégrafo, que ha venido desde Torrelavega, por

Puente San Miguel y Vispieres, en busca de lugares animados y vividores, desde el momento en que acierta á ver las calles de Santillana, da también media vuelta y se va por donde fué el camino. Locomotoras jamás se vieron ni oyeron en aquellos sitios encantados. El mar, que es el mejor y más generoso amigo de la hermosa Cantabria, á quien da por tributo deliciosa frescura y fácil camino para el comercio; el mar de quien Santillana toma su apellido, como la esposa recibe el del esposo, no se digna mirarla, ni tampoco dejarse ver de ella. Jamás ha pensado hacerle el obsequio de un puertecillo, que en otras partes tanto prodiga, y si por misericordia le concede la playa de Ubiarco, las aviesas colinas que mantienen tierra adentro á la desgraciada villa, no le permiten hacer uso de aquel mezquino desahogo. Contra Santillana se conjura todo: los cerros que la aplastan, las nubes que la mojan,

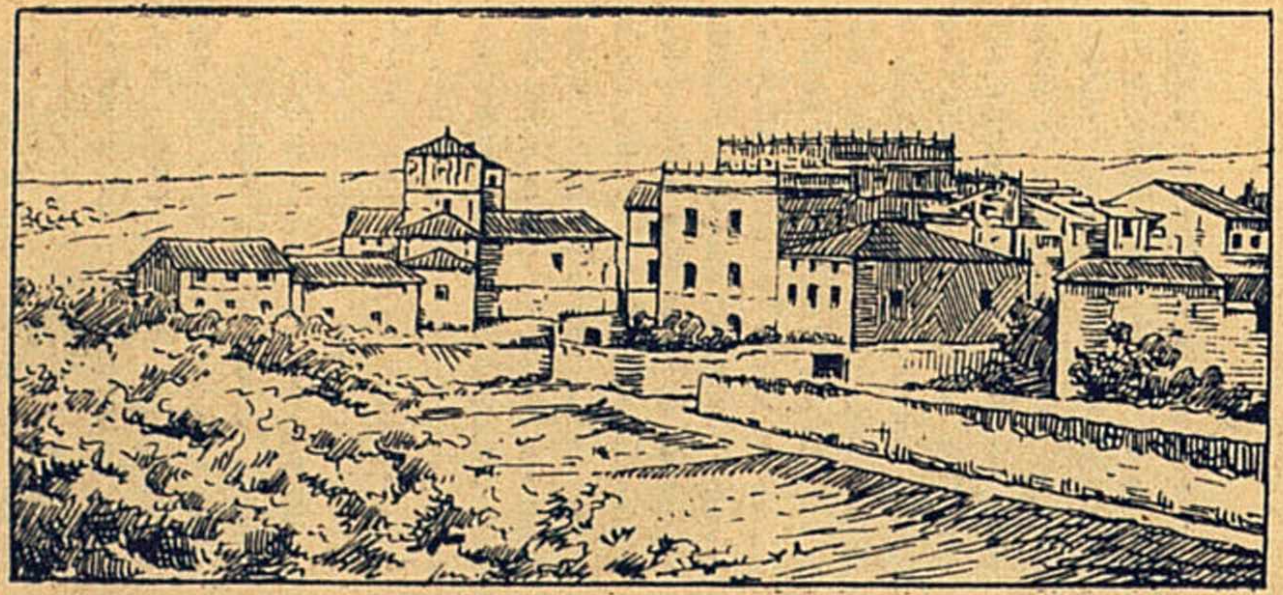
el mar que la desprecia, los senderos que de ella huyen, el telégrafo que la mira y pasa, el comercio que no la conoce, la moda que jamás se ha dignado dirigirle su graciosa sonrisa.

El viajero no ve á Santillana sino cuando está en ella. Desde el momento en que sale la pierde de vista. No puede concebirse un pueblo más arrinconado, más distante de las ordinarias rutas de la vida comercial y activa. Todo lugar de mediana importancia sirve de paso á otros, y la calle Real de los pueblos más solitarios se ve casi diariamente recorrida por ruidosos vehículos que transportan viajeros, que los matan si es preciso, pero que al fin y al cabo los llevan. Por la calle central de Santillana no se va á ninguna parte más que á ella misma. Nadie podrá decir: «he visto á Santillana de paso». Para verla, es preciso visitarla.

Los habitantes mejor situados

de esta venerable villa muerta son las monjas. Ellas, desde las desvencijadas ventanas de los dos grandes conventos construídos hace siglos á la derecha del camino, cuando se baja al campo de Revolgo, pueden atisbar á todo el que pasa, aunque no entre en Santillana. Disfrutan de ameno paisaje, aunque no espacioso, y de la grata compañía de hermosos árboles y frescas praderas. Aquellas pobres ascetas, arrojadas las más de los secularizados conventos de la provincia, son los únicos vecinos de Santillana que ven cielo, árboles, la incomparable perspectiva de los suelos verdes y frescos, colinas, campo, una lontananza que hace veces de horizonte, y, sobre todo, pasajeros.

Sírvanos de amparo la mirada de las vírgenes del Señor, para penetrar en la villa difunta. Es preciso dejar el coche á la entrada, no sólo porque aquí no hay longitudes fatigosas, sino porque los que empedraron estas calles, no pensa-



ban que algún día hubiera carruajes en el mundo. Entramos, y las históricas casas detienen nuestro paso, nos dan una especie de *quién vive*, nos miran con sus negros balconcillos soñolientos, medio cerrados, medio abiertos, fruncen el negro alero podrido, y parece que la enorme pared verrugosa se inclina en ceremoniosa y lenta cortesía. Nuestro estupor aumenta cuando advertimos, mirando á todos lados, un fenómeno rarísimo y que no se observa ni al visitar los pueblos más muertos. No se ve gente. No hay nadie. Nadie nos mira, nadie nos sigue, y el roñoso gozne de la ventana secular no gime lastimero abriéndose para dar paso á un semblante humano. Todo es soledad, un silencio como el del sepulcro, ó mejor, como el del campo. Ni pasos de hombre ni de bruto turban el sosiego majestuoso que rodea las venerables casas. Allí, como entre cartujos, todo se dice con la expresión de la fisonomía, nada se habla.

Ninguna puerta antigua se parece á estas puertas; ningún ojivo ventanucho, ningún giboso balcón ni tuerto tragaluz se parece á los huecos de estas viviendas, cuya fisonomía es completamente extraña á los tiempos presentes. Los siglos no han mudado nada, ni puesto su mano remendona en parte alguna de los destartalados edificios. Los habitantes de ellos no pueden ser como nosotros, y de seguro, si no los vemos en el momento presente, es porque han ido de fiesta y volverán de súbito, mostrándonos sus avellanados rostros dentro de las golillas, y pasando casi á saltos y cuidadosamente de piedra en piedra para no mancharse de barro las enjutas piernas con calzas negras.

Hay casas pequeñitas cuyo techo parece estar al alcance de nuestra mano; otras grandes que se estiran manifestando cierta finchada animadversión al vernos pasar. Unas esconden su fealdad en un ángulo; otras, ventrudas y derrengadas

apoyándose en podridos puntales, salen y estorban como el tullido con muletas que pide una limosna. Las hay que muestran el vanidoso escudo ocupando media fachada; las hay que muellemente se reclinan sobre su vecina. Echándole á ésta el peso de una teja daría con su cansado cuerpo en tierra; aquella otra, por el contrario, muestra en sus hermosos sillares gran confianza de sí misma, y su curtido rostro expresa vanidoso convencimiento de remojarse en las aguas del venidero siglo.

A todas les ha salido el musgo de tal manera, que parecen vestidas de una piel verdinegra. En las junturas y en los desperfectos, variadas especies vegetales muestran su pomposa lozanía. A trozos vese interrumpida la hilera de habitaciones por tapias de huertas en que el musgo es resbaladizo y sutil como el más fino terciopelo. Ejércitos de helechos en fila coronan el muro de un extremo á otro, y moviéndose á

compás á impulsos del viento, parece que corren. Una higuera extiende sus brazos hasta media calle, cual si quisiera decir algo, con suplicante ademán, al transeunte. En otra parte vese en lugar de puerta un gran arco de fábrica, por el cual un arroyo se mete tranquilo y sin bulla dentro de la masa de edificios, perdiéndose en laberintos obscuros, á cuyo extremo se alcanza á ver la indecisa claridad del hueco por donde sale al campo. Sobre aquel río se alza una vivienda misteriosa, toda negra, toda húmeda, tan vieja que los reinos de la Naturaleza se han confundido, y no se sabe lo que es liquen, lo que es piedra, lo que es viga, lo que es hierro. Llénala, al punto que la ve, la incitada fantasía de novelescas historias; que no hay torreón sin duende. Pregúntale su abolengo, el número de horas que han transcurrido suavemente desde el primer día de su existencia, y el número de vidas que se han sucedido en su recinto, como las leves ondas del

pequeño río que van pasando y perdiéndose la una en la otra.

El aldabón se mueve y llama; retumba la bóveda del portal como una respuesta soñolienta; ábrese una ventana y las vigas de la escalera crujen; suenan pisadas de inquietos corceles, ladridos de perros cuyo lenguaje no parece igual al de los perros de nuestro siglo; óyense preguntas y respuestas en las cuales se destaca el majestuoso asonante del Romancero. En la penumbra, gallardas plumas negras se mecen sobre las cabezas, y entre las voces se siente sonajeo de espuelas y roce de rechinantes conteras contra el suelo. Las capas obscuras parecen sombras que entran y salen. Una luz macilenta, por hermoso brazo sustentada, alumbra de improviso colores más vivos, y las bruñidas cotas lanzan plateados reflejos. Las voces, las luces, se van extinguiendo al fin. Descansan los caballos, cesan de chillar las añosas maderas de la escalera, se pierden los pasos, á lo

lejos golpean algunas puertas, gruñen, en vez de ladrar, los perros, desaparece la luz, piérdense en absoluta obscuridad plumas y capas, y todo cae en profundo sosiego. Poco después, de toda aquella algazara no queda más que la vibrante palabra diatónica del sapo, un asqueroso hablador de la húmeda noche, que perennemente está haciendo su pregunta sin que nadie le conteste.

Defendámonos contra la fantasmagoría. ¡Atrás, sombras vanas, imágenes absurdas! No nos dejaremos fascinar; lucharemos contra la ilusión hasta vencerla y poner sobre sus destrozados restos el orgulloso pabellón de la realidad. Si es de día, ¿á que vienen esas sombras, donde se mecen gallardas plumas? ¿De qué rincón han salido esos vagabundos que hablan en romance? Abajo la leyenda; reine la vigilante observación que todo lo mide, y á cada objeto da su color y á cada boca su palabra.

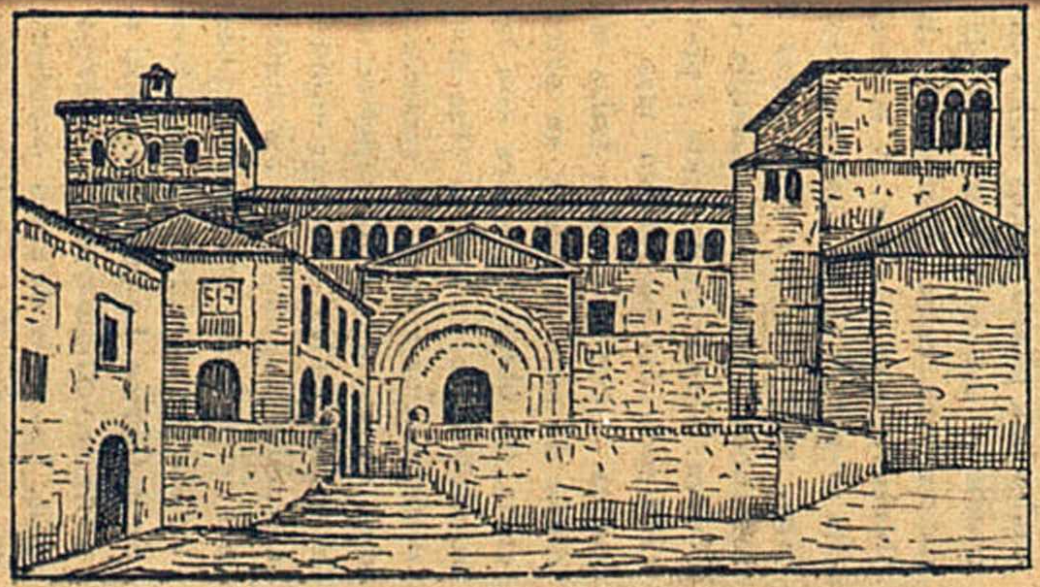
Por fin vemos gente. Un aldeano pasa y nos saluda con la grave urbanidad del montañés que no se ha depravado en el muelle de Santander ó en las minas de Reocín. Por la calle de las *Lindas* bajan dos muchachas, que nos miran y luego hablan entre sí, comentando nuestra visita á Santillana. Al fin, entre tanto caserón viejo, entre tanta puerta corroida, divisamos algo que chilla y disuena. Parece que se oye un *alto* brutal. La impresión es fuerte, porque se había perdido la noción de las perspectivas á la moderna, y el ánimo no estaba preparado para transición tan brusca. Más no hay que asustarse: aquel establecimiemto flamante es la botica, y su pórtico hállase pintado de blanco con gallardos ramitos azules que le dan muy buen ver. En la puerta, varios jóvenes de la población entretienen las inacabables horas de Santillana hablando de política, de los toros de Santander, ó de las menudas historias de la villa.

Y que hay todavía historias en Santillana, pueblo de tantas grandezas, no podemos dudarlo ya desde que hemos visto que hay gente.

II

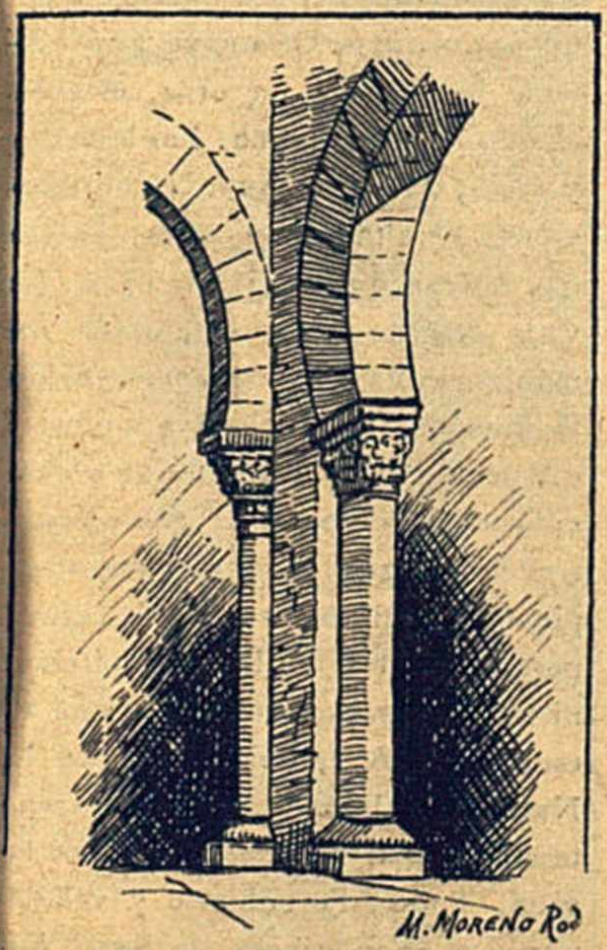
LA ABADIA

Para llegar al atrio es forzoso que pasemos sobre una reja colocada horizontalmante, sistema de ingreso que el viajero no acierta á comprender si no le advierten que los cerdos y las vacas, que libremente pasean por las calles de la villa, entrarían con el mayor desenfado en la santa iglesia, si por aquel ingenioso medio no se les detuviera. Abundante hierba crece en el atrio,



y sus informes baldosas, sobre las cuales han pisado tantos siglos entrando y saliendo, están rodeadas de verdura entre charcos que la lluvia renueva sin cesar. A la derecha se alza la torre, cuadrada, rojiza, semejante por su esbeltez á los cubos mozárabes de Castilla la Nueva. Mirada atentamente, y prescindiendo del parentesco más ó menos lejano que tienen todas las obras de arquitectura, y en particular las obras orientales con las románicas, se ve que es cosa muy distinta. Una austeridad cenobítica domina en la galería superior, en el ajimez, en las columnas cilíndricas de los ángulos y en los cordones horizontales, que parecen puestos allí para ceñir las diversas fases de la fábrica. La puerta principal es un noble vestigio que inspira compasión. Las series de arcos concéntricos cuajados de estrellas, perlas, cabecillas de clavo, lacerías, cables, ziszás, dientes de sierra, apenas conservan restos de esta peregrina or-

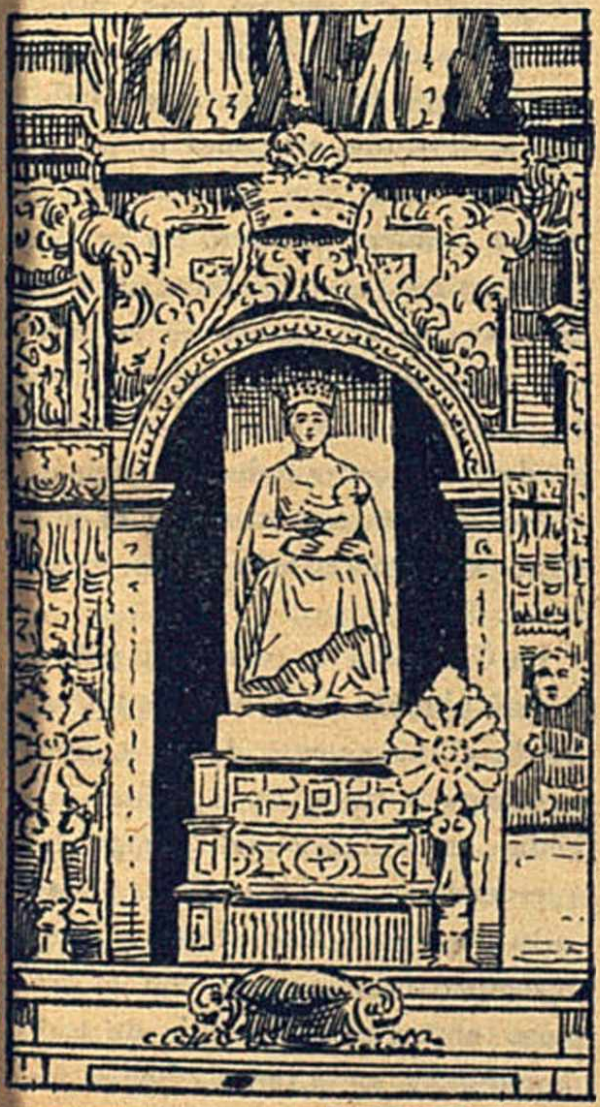
namentación; los capiteles están roídos y las figuras mutiladas; pero tal es la fuerza del arte, que parece



que tienen expresión aun sin tener cabeza.

Dentro, la mirada se extiende por

una nave de regular altura y dos laterales más bajas que no se confunden con el ábside, sino terminan á ambos lados del presbiterio en pequeñas capillas. Otra nave alta corta á la primera en cruz, estableciendo la forma latina. Las bóvedas y arcos, de medio punto en algunos sitios, peraltados en otros, parece que buscan ó presagian la ojiva. La vista de este hermoso edificio románico, cuya data de construcción fácilmente fija el observador en el duodécimo siglo, causa fatiga y desconsuelo. Se ve que la noble construcción pugna por mostrarse rompiendo el velo espeso que la cubre; porque ni los variados capiteles, ni las impostas y las cornisas que el escultor llenó de imitaciones de la Naturaleza, labrándolas con inocente estilo, aparecen con claridad á la vista. Todo está cubierto y velado por una capa espesa de yeso; las figuras se ven como si estuvieran arrebujadas en un manto blanco, bajo el cual tiemblan de frío y de



vergüenza. Es preciso, para que la Colegiata de Santillana brille como merece, que haya una mano hábil que la desnude, así como hubo una bárbara mano que la vistió. Si al menos hubiera cubierto los grupos desvergonzados que decoran altos capiteles en la capilla de la derecha, la profanación artística habría tenido alguna disculpa; pero cuidó de dejarlos como todos los demás, y hoy son los primeros que el maligno sacristán enseña á los forasteros.

La Colegiata es pobre: su pobreza está pintada en todo el edificio, desde el basamento de las columnas hasta la clave de la última bóveda, en la figura del monaguillo, que vestido con blusa azul y calzado de alparagatas, entra y sale, desempeñando su oficio con el gracioso aburrimiento propio de todo monaguillo; en el túmulo negro goteado de amarilla cera que sirve para recibir las ofrendas, y en el mocoso candelero que las alumbra. Sin em-

bargo, un frontal de plata repujada cubre el altar mayor y la sacristía guarda joyas de precio que no se aplican al culto todos los días.

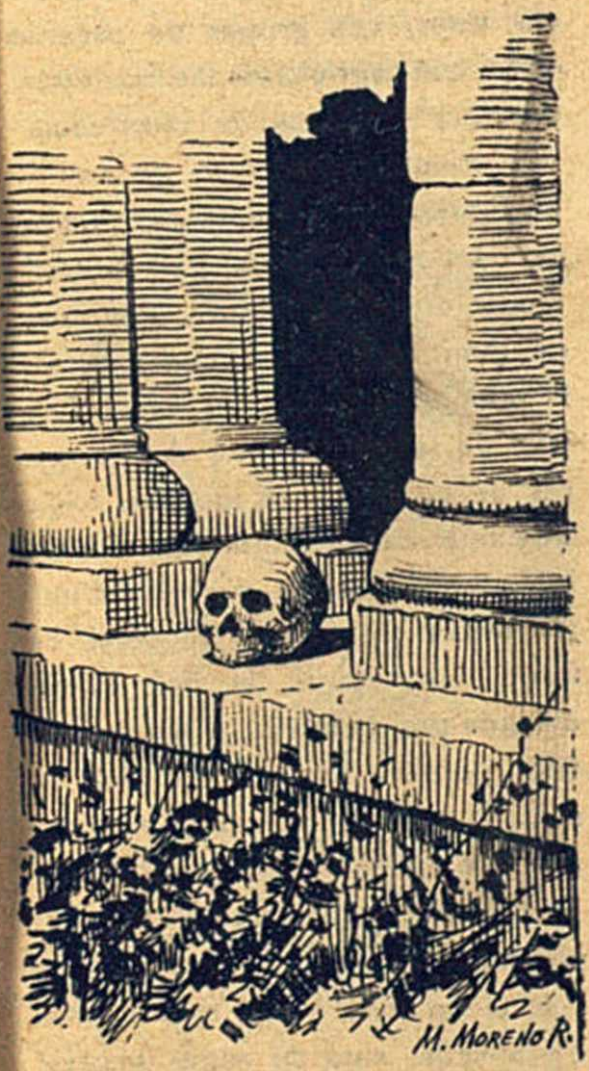
Los sepulcros notables son dos, el de Santa Juliana, una mártir de la Propóntide, y el de la infanta doña Fronilde, de autenticidad muy disputada por los críticos. Ambos enterramentos son de una antigüedad respetable, y las extrañas figuras y emblemas que los adornan desafían la sagacidad de los anticuarios más cachazudos.

Nos falta el claustro, resumen de toda la poesía y de todos los misterios de la vieja Santillana. Fuerte olor de humedad y de cementerio nos lo anuncia, y al entrar en él, lo primero que ven los ojos es una calavera que ha caído del osario, y se mantiene sobre el zócalo, fría y seria, observando con sus ojos huecos á todo el que se atreve á penetrar allí.

III

EL CLAUSTRO

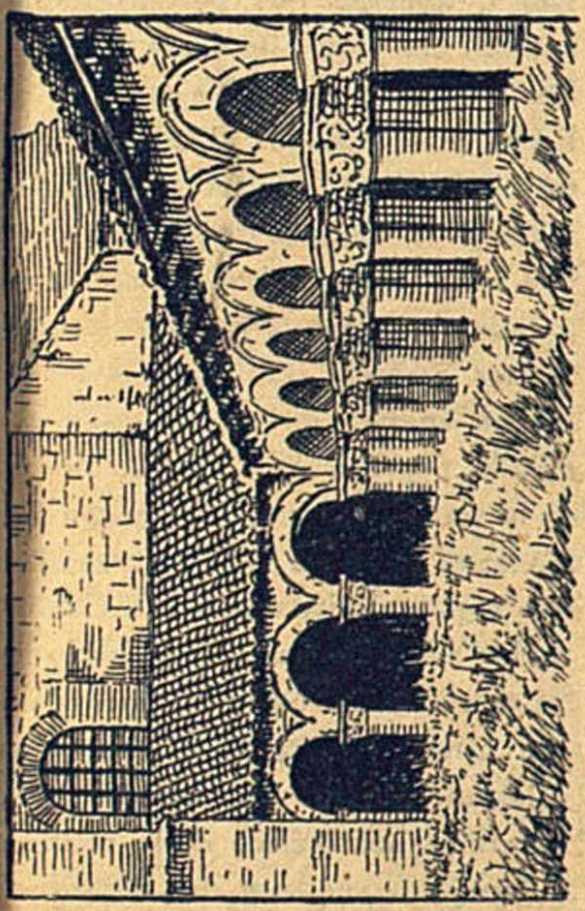
Catorce arcos de medio punto, sustentados por grupos de cuatro columnas, componen cada una de las cuatro galerías que forman el claustro. Los que han visto arquitectura románica y de transición, comprenderán la variedad de capiteles con que los artistas de los siglos XI y XII han coronado estas inimitables columnatas. Los hay historiados, los hay religiosos, los hay compuestos con formas del or-


M. MORENO R.

den vegetal, con figuras humorísticas unos, con grupos de cacerías otros, con caprichosas lacerías éstos, aquéllos cubiertos de ramificaciones orientales. El tono general de la fábrica actualmente es un marcado color de corcho, y la superficie de la piedra leprosa, agujereada, lamida por el tiempo, aumenta la semejanza con aquel cuerpo. En una de las crujías, los dobles pares de columnas se inclinan hacia adelante con uniformidad. La fábrica está cansada, y busca el mejor medio de caer y tenderse en tierra. Otra crujía, la del Norte, azotada por la lluvia, y muerta de frío, porque jamás le ha dado el sol, ha tomado un color verdinegro y se pudre calada de humedad hasta lo más hondo de sus ateridas piedras.

El techo no es en su mayor parte de bóveda, sino de vigas negras, que en algunos sitios necesitan ser apuntaladas por otras vigas casi tan podridas como ellas, para no caer

al suelo. La vegetación ha invadido todo; y parece que hasta las piedras tienen tallos y hojas. El patio cuadri-



longo, sepultura de los pobres, ofrece espléndida variedad de las hier-

bas más lozanas, donde pasta la grey infinita de babosos caracoles. Diez siglos de Santillana yacen bajo aquellas raíces; pero los huesos viejos, aquellos que pertenecieron á quien ha sido abandonado para siempre de todas las memorias de la tierra, son arrojados al osario, que está lleno hasta los bordes, como granero en tiempos de pingüe cosecha. Rebosa por encima de una de las paredes laterales, y cuando soplan fuertes vientos, llueven calaveras. En un ángulo, un ciprés solitario, afilado, negro, pugna por salir fuera de la vetusta fábrica, y un grupo de silvestres cañas se cimbrea rozando sus delgadas hojas superiores. Cuando las noches vienen con cierzo y las calaveras del osario chocan unas con otras, y resbalan los huesos aplastando á los caracoles, el cañaveral, triste músico de la noche, se queja suavemente del desorden que le rodea.

Cuando el sol ilumina la revuelta sepultura, en la cual todo está des-

trozado, el muerto y el sarcófago, se ve claramente que la paz de aquellos melancólicos lugares supera á cuanto puede soñar la imaginación del vivo, anhelante de descanso. Aquel sí que es imperio absoluto de la muerte. Allí todo es muerte, todo se descompone; y los gusanos, después de comerse el cuerpo, se comen la tumba; allí sí que no quedará nada; allí si que entra todo en la esfera de asimilación de la Naturaleza, y cuando pase algún tiempo más, cuando en lo que fué lugar cristiano, puesto al amparo de la cruz para perpetuar memorias de los muertos, no se vean más que piedras informes, musgo, caracoles, lozanas hierbas que nutrieron sus raíces en cerebros donde latió el pensamiento; cuando hasta el osario sea blanca tierra que esparcirán sobre el campo los vientos, y desaparezcan las últimas esculturas lamidas por el agua, entonces se habrá realizado de un modo absoluto la sentencia que manda volver el polvo al polvo.

En una misma ruina, en una misma masa de lodo cuyo imperio se reparten helechos y sabandijas, estarán comprendidos hombre y arte, el sentimiento cristiano que hizo el claustro y el egoísmo que lo dejó perder; todo será polvo, y no habrá ni siquiera quien pueda enorgullecerse de aquella escoria.

El claustro de la abadía pasará pronto... Apresurémonos á verle bien. En sus cuatro galerías abundan los sepulcros; pero muchos letreros no se pueden leer. Diríase que ha pasado por ellos humo densísimo para borrarlos. En otras una sencilla cruz dice algo más que las enfáticas inscripciones con letras amarillas, recién hechas, y aun barnizadas, con pretensiones de llegar á la eternidad. Algunos señores de la nobleza del país duermen dentro de un gran prisma de yeso. En diversos puntos se ven arrinconados ó puestos en pie contra la pared los antiguos ataúdes de piedra, ya mudos, porque sus epitafios no di-

cen nada, ya sin dueño, porque los siglos han barajado la tierra y los huesos. El silencio, la paz de aquellos sitios, que son el símbolo más perfecto del descanso eterno, se turba cuando entierran á alguien, pero por esta misma razón se turba pocas veces.

***

Cuando se recorren las calles de Santillana para salir de la villa, ésta parece más alegre. Por último, en la plaza del Consistorio se ve una casa nueva, un edificio que acaba de salir, húmedo aún y charolado, de manos del arquitecto y del pintor. Más afuera, junto al camino que vuelve á la izquierda y pasa, está el palacio de Casa-Mena, construcción del anterior siglo, restaurada actualmente con especial esmero. Su riquísima biblioteca ocupa una sala baja, con preciosas estanterías de roble. Hermoso es el conjunto de esta bien ordenada

pieza, en la cual se ven, formando conjunto artístico, estupendos muebles arcaicos, monetarios, panoplias, y, sobre todo, las dos librerías, cuyos estantes muéstran y guardan elegantes y lujosas encuadernaciones. Colosal busto de Su Santidad ocupa el frente principal. La acertada combinación de los diversos objetos que llenan la estancia, sin que nada huelgue dentro de ella, produce singular encanto á la vista, así como los dulces matices de la esculpida madera sin barniz, el oro pálido que brilla en el herraje de las arquetas, el acero mate y la roja lana de las cortinas. De la riqueza bibliográfica que allí se guarde, poco puedo decir por no serme conocida. Rarezas y joyas tipográficas de inestimable valor, infinidad de escritos curiosísimos, referentes á la provincia, colecciones de especialidades, crónicas harto escasas hacen de la biblioteca de Casa-Mena la mejor de toda la Cantabria, y una de las

más escogidas y bellas de España.

En el resto del palacio, los actuales marqueses han emprendido una serie de restauraciones, que harán de aquel edificio una residencia muy agradable, morada llena de encantos en la puerta de una ciudad lúgubre.

Y se acabó Santillana, se acabó la villa difunta. El hermoso parque de Casa-Mena y los jóvenes pinares de la misma casa nos despiden de aquel glorioso escombro, al cual se asocia la memoria de Iñigo López de Mendoza, sin que la imaginación pueda separar el uno de la otra, á pesar de los cuatro siglos que pugnan por ponerse en medio.

IV

ALFOZ DE LLOREDO

Novales no quiere dejarse ver, y escondido entre sus azahares, renuncia á las visitas del caminante presuroso. En cambio Cóbreces, Toñanes, Cigüenza, Ruiloba, se muestran esparcidos por las verdes colinas, no lejos del mar, en terreno ligeramente pedregoso y muy quebrado. Los ricos *jándalos*, á quienes Jerez, el Puerto y Cádiz dieron dinero abundante, habla ceceosa y maneras un tanto desenvueltas, han poblado de risueñas

casitas aquella alegre comarca. No faltó entre ellos quien quisiera dejar muestra de su piedad en un convento que aún está sin concluir. Los caserios abundan, y en ellos las casas grandonas, blancas, con holgados balcones verdes y sólidos corta-fuegos, á los cuales no falta el pomposo escudo. A la espléndida vegetación montañesa se unen el naranjo y el limonero, y sobre la multitud que llena la plaza en horas de ñesta, destácase un sombrero exótico, una planta de otros climas, el calañés. Los emigrantes se han traído al regreso media Andalucía, y aquel país tiene no sé qué de meridional. Aquel mar que asoma en las curvas de los cerros dejando ver brillantes recortaduras de un azul hermosísimo, parece afectar ¡hipócrita!, en días pacíficos de verano, la serenidad y mansedumbre del Mediterráneo.

El monte de Tramalón remeda las espesuras de Sierra Morena, abrigo de ladrones, y, según afirman

mis compañeros de viaje, ladrones tuvo, si bien de juguete, gentezuela que antes daba sustos que puñaladas. En las revueltas del camino que baja y sube inquieto, y no sin fatiga, por no encontrar dos varas de terreno llano en que extenderse con desahogo, se alcanza á ver la playa de Luaña, poco ha invadida por los bañistas, que han encontrado en aquella placentera soledad establecimiento construído, en gran parte, con las maderas de un buque ruso, escupidas por el mar. Cóbreces, no teniendo bastante con las naranjas, se ha dedicado á explotar la moda balnearia. Por entre el ramaje verde de sus huertos se ven pasar sombrillas y quitasoles, y en los antepechos de sus balcones se ostentan colgados al sol para secarse, esos horribles trajes de lana, dentro de los cuales, Venus (admítaseme la generalización del emblema) gusta de volver á la espuma de donde salió.

V

COMILLAS

Para entrar en esta villa de los López y de los cuatro prelados, es preciso atravesar el mar en coche. Tranquilizaos: hay un puente de roca á roca, y entre éstas mete el Océano uno de sus poderosos brazos, y con los destructores dedos de espuma revuelve la arena, y arma allí un remolino y una batahola que imponen miedo á los que pasan por encima.

No lejos del viaducto, los apagados hornos de calamina demues-

tran que por allí han pasado los mineros. Encima, y á vertiginosa altura, en la cumbre de un atrevido cerro, se alza la *Coterruca*, un palacio que vuela, según está de alto y de enriscado; á la derecha, otras colinas pedregosas junto al mar, en las cuales hay algunas casas con huertas, cuyos hortelanos han tallado á pico la roca para hacer de ellas un gran tiesto de hortalizas; enfrente, la calle principal de Comillas, que sube, baja, da de codo á las casas para que la dejen pasar, y al fin, con trabajos mil, logra llegar hasta la plaza, de donde, no sin dificultad, puede salir para perderse en el camino de la Rabia.

El aspecto de Comillas es alegre, festivo, infunde ideas de salubridad, de comodidad, de bienestar pacífico, y laborioso. Sus casas antiguas no se desmoronan como las de Santillana, y las nuevas resplandecen de blancura. Tiene en algunos trozos cierto aspecto gaditano, y la luz del sol se quiebra en

mil vidrios, tras de los cuales los ojos de la comillana no se descuidan en cuanto el empedrado anuncia con estrépito el paso de un vehículo.

Hay un colegio de mármol, una parroquia suntuosa y una casa de Ayuntamiento cuya fachada es casi un libro, donde está el registro de los hijos ilustres de la villa. Esta, aunque se halla muy cerca del mar, no lo ve desde sus principales sitios. Queriendo, sin duda, guarecer de los nordestes su limpio caserío, se acurrucó tras una peña, cuya cresta se llama el Calvario, y á la cual se asoman algunas casas, que no pueden pasarse sin la incomparable vista del mar y se empinan sobre los techos de sus vecinas.

En el Calvario se disfruta de una de las perspectivas más bellas que ofrece en su larga extensión la costa Cantábrica. Parece que no se acaba nunca de ver la inmensidad del mar que se desarrolla ante los ojos, ó que el horizonte huye. La colina baja bruscamente, tapizada de

finísimo verdor, hasta la arena inmaculada; y al extremo izquierdo del arco que forma la playa, está el puerto, un pequeño cuadrilongo de escolleras batidas por el mar, un puño cerrado que puede contener diez ó doce barquitos, con los almacenes del resguardo y muelles para la calamina. Cuando los pataches salen de aquel nido y tienden sus alas blancas sobre el azul del mar en días serenos, es imposible dejar de contemplarlos hasta que se pierden en el azul inmenso. Allá lejos aparece en extensa línea negra el humo de los grandes vapores transatlánticos, que pasan manchando el cielo.

En la roca que domina el muelle hay una ingente mole de piedra que fué iglesia y hoy parece que es cementerio. Era la antigua parroquia de la villa, perteneciente al señorío del Infantado. Cierto día, el mayordomo de Su Excelencia tuvo la malaventurada idea de expulsar de la iglesia á unas cuantas

comillanas que ocuparon dentro de ella un lugar que no les correspondía. Irritáronse los marineros, y penetrando atropelladamente en el sagrado recinto, cogieron cuanto en él podía cogerse y lo arrojaron al mar. Allá fueron á poblar las verdosas honduras, altares, bancos, santos, púlpitos, confesionarios, etc. No creían ofender de ese modo á Dios, y para probarlo labraron con sus ahorros (entonces los pescadores tenían ahorros) el hermoso templo actual en el centro de la villa.

Mirando hacia la parte de tierra, se ven las suaves colinas, verdes, con sus rústicas casas; y sobre todas ellas, en el último pico, posado como un águila, dominando media tierra y medio mar, el palacio de la Coteruca, inundado de sol en los días serenos, arrebujado de nubes en los turbios.

No es fácil conocer las costumbres y el carácter de un vecindario, recorriendo á escape el lugar donde mora; pero lo que el viaje-

ro no puede decir *auctoritate propria*, lo dice por boca de la fama. Comillas es uno de los pueblos más cultos de la costa Cantábrica, y de los más morigerados y trabajadores. No lo han degradado las explotaciones mineras, y si su comercio es escaso y sus pesquerías insignificantes, allá se las compone con otras industrias. Todo allí respira un bienestar tranquilo, modestos hábitos de trabajo y un amor vivísimo á la localidad, sentimiento que se echa muy de menos en otras villas y aun ciudades ensoberbecidas. La circunstancia de contarse entre sus hijos algunos que son capitalistas de primer orden, ha contribuído á sus progresos. Lo extraño es que sin comercio de alto bordo, sin expediciones á América, sin pesquerías y también sin gran tumulto de bañistas, harto decaídos los embarques de calamina, tenga Comillas aquel grato aspecto de industrial satisfecho, ordenado y económico,

ni derrochador ni avaro, ¡Simpático pueblo á quien se estrecha la mano como á un bueno y leal amigo!

Hoy ofrecen risueño porvenir á Comillas los baños de mar. ¡Pues es nada! Tiene hermosa fonda llena de pretensiones, con mesa redonda, á lo fran-

cés servida (aunque un poquito á lo español guisada), y en torno de los blancos manteles se ven señoras y caballeros que hablan pestes de Biarritz y de San Sebastián. Por la playa pululan sombrerillos, y las voluptuosas olas reciben sacos llenos de carne nerviosa, que luego vuelven á la playa y tiritando se embaulan en las frágiles garitas. Oyese conversación chispeante, agudezas, rumor de críticas y murmullos de política menuda. Tambien suena la cancamurria de sáficos versos; y alguna poesía deja ver su pálido rostro y oir estupendos dichos y sentimentales observaciones.

Para que nada falte, también hay expediciones á cercanas grutas; que si no hay olla sin tocino, tampoco hay *balnearismo* sin estalactitas, ni mal de nervios que se prive de la fácil medicina de los paisajes.

Las maletas vuelven á Madrid llenas de pedruscos, de caracolitos y

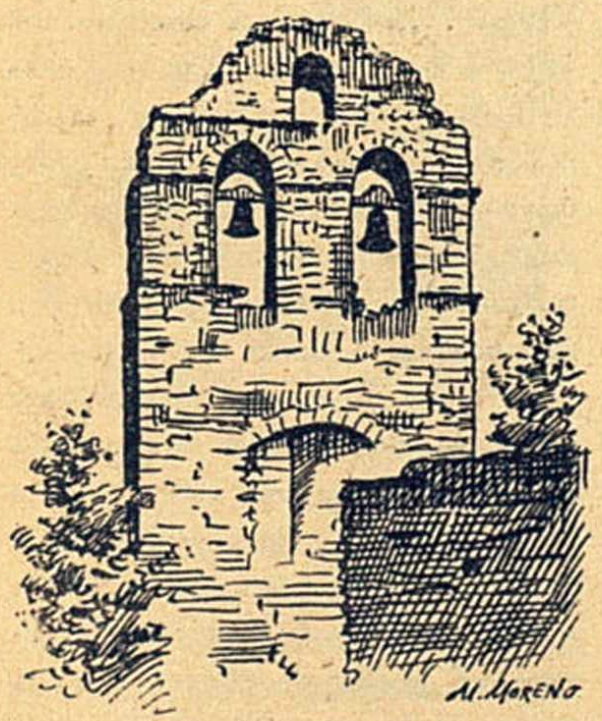
conchas, con los cuales se prueba á muchos incrédulos que hay mar. La concurrencia es algre, escogida y abundante, aunque no tanto como merece Comillas.

VI

SAN VICENTE DE LA BARQUERA

Las marismas de la Rabia son tristes, solitarias, más solitarias y tristes á causa de su extensión. En las orillas bajas no hay pueblos, ni caseríos, ni bosques, ni los verdes collados que tanto abundan en este país. Las árgomas, un linaje de hierbas espinosas que se adornan de florecillas menudas, parecidas á las de la retama, invaden todo el suelo. Lo que de éste queda libre

se lo toman para sí los helechos, que extienden su dominio absoluto allí donde no entra jamás ni arado, ni dalle, ni azada. En la Rabia debieran existir hermosos y es-



pesos pinares; pero no hay nada más que charcos salobres y cien mil islas bajas, formadas por intrincado dédalo de canales, que unos á otros se quitan ó se dan el

agua, según sube ó baja la marea.

Unese luego el camino á la carretera de Torrelavega á Oviedo, y poco después, vencidos los cerros que dominan la ría, se distingue el incomparable panorama de San Vicente. La inmensa anchura del valle á cuyo extremo se alza esta villa, la proximidad del mar, la gallarda situación del caserío entre dos puentes, las lejanas y altísimas montañas que forman un fondo majestuoso y parecen agrandar aún más el paisaje, hacen de esta perspectiva una de las más admirables y sintéticas que pueden ofrecerse á la vista del viajero. Allí todo es inmenso, tierra, cielo, montes, praderas, río, mar, marismas. Hasta el mismo pueblo de San Vicente parece un pueblo de primer orden á causa de la maravillosa fantasmagoría que produce su situación al pie del cerro, en cuya cima está la iglesia; reflejando en el agua dormida sus casas pintorescas, alargando á una y otra ribera sus dos

puentes como brazos con que se sostiene en los montes para poder zambullirse mejor en el agua. Tan

bello es esto, que verdaderamente da pena el ver que á continuación de la perspectiva de San Vicente, venga San Vicente mismo, cuando lo mejor sería que después de ofrecerse en imagen lejana y fascinadora á los ojos del atónito pasajero, desapareciese y se ocultara allá entre juncos de la mar, ó que se desvaneciera con las figuras del humo en los aires.

Pasando el gran puente del si-

glo VI, de treinta y dos arcos, sentimos verdadero estupor al ver que no se entra por allí á un pueblo como Glasgow, Hamburgo ó Nueva York. No se comprende que aquella gran ribera haya sido criada por Dios para sustentar al pobre San Vicente, y que las inmensas marismas que quedan atrás no sustenten miles de calles y plazas donde hierva gentío afanoso; no se comprende que esté tan cerca un mar sin barcos y un abra sin puerto, y un río sin fondo ni muelles, y que toda aquella singular belleza y amplitud sean tan sólo un gran charco de lodo salobre donde mojan sus cimientos algunas casas añosas, tristes y negras, como los pensamientos del desesperado.

Al fin, el puente se acaba, y es preciso entrar en la villa. Un convento que fué de Franciscos parece que vigila la entrada. Torciendo á derecha mano, después de hacer una reverencia muy devota á lo que fué asilo de aquellos humildes

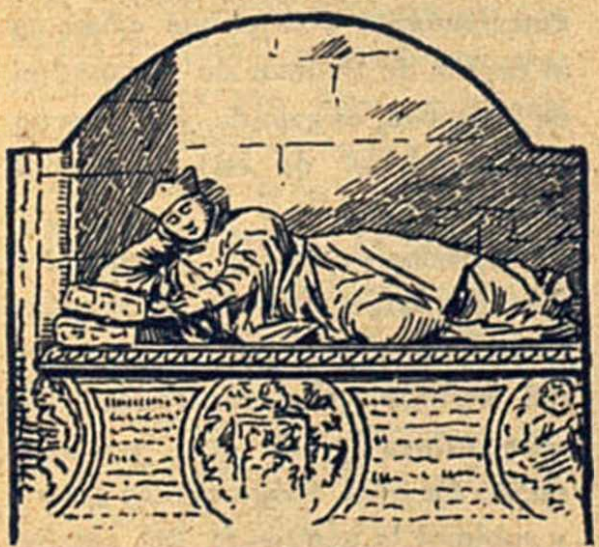
siervos de Dios, entramos en la calle principal de San Vicente, una especie de avenida de fango, limitada á la izquierda por larga fila de altos caserones con zancudas arcadas, y á la derecha por la muralla inmediata al río. A un lado, obscuras y feísimas tiendas, balcones de hierro, en los cuales parece haber trabajado el mismo Vulcano, según son de pesados y antiguos; á otro, serena extensión de agua en que nadan gruesas vigas de roble, y en los muelles ni un buque, ni una grúa, ni un tonel, ni una caja, ni un cable, ni un ancla rota. Allá lejos, junto á la orilla, semejante á una choza de pescadores, está el santuario de la Barquera, donde no faltarán imágenes, ante las cuales recen los hijos del país siempre que no tengan otra ocupación peor en que invertir las pesadas horas.

Para ver el resto de San Vicente, hay que abandonar la calzada llana y trepar por las empinadas calles que conducen á la hermosa

iglesia ojival. Pero entonces el asombro del viajero sube de punto al verse rodeado de imponentes ruinas, como si la villa hubiera padecido terremotos é incendios horribles, sin tener después una mano solícita que la reedificase. Por un lado y otro se ven enormes muros y rotos arcos y restos de edificios que fueron vivienda de hidalgas familias, y que hoy son esqueletos coronados de yedra, cuya espantosa fisonomía pone miedo en el corazón. Tristeza más honda que la tristeza de Santillana es la de San Vicente, porque la villa del marqués conserva en su momificado y entero rostro la forma y aun la expresión de la vida, mientras este desbaratado pueblo marítimo ha sufrido la postrera descomposición de la carne, y los vientos de la mar y la lluvia del cielo le han arrebatado partícula tras partícula, dejándole en los puros huesos.

Aumenta nuestra pena al oir que el origen de tanta ruina no ha sido

un cataclismo como en Pompeya- ni maldición del cielo, como en Jerusalén, ni fuego de Dios, como en Gomorra, sino decadencia pura por ley del tiempo. Por esto San Vicente de la Barquera tiene algo de la majestad de Itálica. Pero el *amarillo jaramago* de esta pobre villa no es tal que despierte un exagerado afán de llorar sobre él, ni de extasiarse largas horas contemplando las nobles piedras, ó leyendo lo que quede de algún escudo comido de los años, ó las últimas letras de la inscripción he-



ráldica que el dedo del tiempo ha empezado á borrar

En San Vicente ha rodado, al parecer, la cuna ilustre, no sabemos si de *marfil* y *oro*, del inquisidor D. Antonio del Corro, cuya hermosa estatua existe en la iglesia, atenta á la lectura de un libro. La expresión y belleza son tales, que el observador se detiene instintivamente y aguarda con ansioso afán á que el reverendo levante la marmórea cabeza y aparte del libro los ojos sin pupilas para mirarle á él. La semejanza de este enterramiento con el que existe en la capilla de Bedmar de la catedral de Sigüenza, es grande, y su mérito no inferior al de esta primorosa obra de arte.

Salgamos ya de San Vicente. No sólo lo exige el plan de la expedición, sino también el atractivo del hermoso país que rodea á la villa caduca y del cual jamás se sacian los ojos. Pasamos otro puente y subimos la pendiente del camino

de Asturias. Desde allí el panorama no es menos admirable que cuando se baja por la otra orilla en busca del puente largo. Los charcos de las marismas que rodean á San Vicente ofrecen el más complicado mapa que puede imaginar el delirio de la geografía. Todas las combinaciones posibles de rayas de agua, discurriendo sin orden ni tino por entre juncos; todas las formas geométricas de islas y peninsulas qne serían posibles si estuviese en proyecto una nueva creación del mundo, se ven allí, y nadie puede eximirse de observar con pueril atención tan graciosa cosmogonía. Entre estos caprichosos juegos del agua y el fango, se alza el cerro de San Vicente muy semejante al lomo de un cocodrilo, y después las múltiples series de colinas que escalonadas suben sirviendo de plinto á los montes, y en último término las descomunales crestas de Andara, último esfuerzo de la tierra para llegar al cielo.

VII

LAS TINAS

La hermosa costa de esta provincia aparece menos risueña á medida que avanzamos hacia el Oeste; pero en cambio es más grandiosa, más imponente, ó si se quiere, más varonil. El viajero que sigue este camino marcha de la tierra del idilio á la de la epopeya. El valle de Torrelavega, Reocín, Alfoz de Lloredo, Cabezón de la Sal, están pidiendo caramillos; pero en estos montes parece que resuena el cuerno de aquellas cacerías legendarias

en que un oso se merendaba un rey. Allá todo es ameno y patriarcal; aquí, sublime y guerrero. Al ver las soberbias figuras que á lo lejos conservan en sus altos capacetes los últimos rayos del sol, la imaginación no puede apartarse de los héroes de la Reconquista. Dejamos atrás al marqués de Santillana, poeta y cortesano, y las deliciosas tierras que podemos llamar abuelas, si no madres, de Quevedo, Calderón y Lope de Vega. Ahora, todo el país adquiere un tinte extraño de fortaleza y rudo vigor, y cuanto alcanza la vista está lleno de D. Pelayo.

Cae la tarde, y las orillas del Nansa se nos presentan tristes y solemnes. Es caudaloso el río, y marcha tranquilo y grave hacia el mar, sin ruido, sin bullanga, entre márgenes solitarias. Pero ya cerca de su desagüe, los montes parece que quieren detenerle el paso, le cercan, le amenazan, reflejando sus negras masas en la superficie de él.

Nansa se aturde, da dos ó tres vueltas, como si meditara qué resolución debe tomar en presencia de tan grave apuro, y al fin por un boquete angosto descubre el mar. No vacila, toma su partido, y se arroja fuera de la tierra con tanta prisa que es evidente su intención de no volver más á ella.

Esta situación de los montes, que parece quieren estorbar que el río cumpla su destino, yendo á parar al mar, como la vida entra en el morir, es lo que produce el aspecto de tina, dando origen al nombre de Tinamenor. La mayor está más allá; en el vago curso de otro río á quien las montañas se empeñan en atajar también. Este es el Deva, límite entre Santander y Asturias.

Tinamayor no es menos triste que su compañera, porque los montes que la forman proyectan una sombra fatídica sobre el agua que en gran caudal baja de Liébana. El Deva describe una gran curva, y

apenas se ve su salida, que es estrecha, tortuosa y oblicua, una especie de fuga estratégica. Se desliza por una juntura, haciendo, con su astucia, gentil burla de la fuerza que quiere oponérsele.

Su orilla izquierda es llana y baja, y ningún incidente marca el paso del agua en la gran curva que forma la corriente; de modo que si entra algún buque aparecen sus mástiles en medio de un verde prado. Un par de pataches había en Tinamayor, cuando visitamos este extremo de la gran Cantábria, y la escasa luz de la tarde no nos permitió determinar bien lo que significaban aquellos escuetos palos aparentemente plantados en tierra como árboles de cucaña.

Unquera es la margen derecha de tierra santanderina, Bustio la izquierda orilla en el reino de Asturias. Un puente interprovincial, fabricado con vigas, une estos dos caseríos, bastante frecuentados por diligencias y carros. Se parece tan-

to aquello á un lindero entre dos naciones, que no se puede resistir la tentación de pasar el puente y poner el pie en tierra de Asturias; pero todo es igual, el suelo y la gente, idéntico el lenguaje que en una y otra parte hablan los carreteros.

Pocos atractivos ofrecen Unquera y su parador de Blanchard, donde un francés industrioso da de comer á los pasajeros que frecuentan aquel camino. El parador, dicho sea en honor de la verdad, tiene tan marcado y patente su parentesco con las antiguas ventas, que no es necesario preguntarle su abolengo. Sólo en la cocina se echa de ver que anda por allí la mano de un francés, no tan sólo por los nombres exóticos de los platos, sino porque gran parte de lo que allí es servido se puede comer y aun parecer sabrosísimo al sentido del gusto, mayormente si éste no ha tenido gran cosa que hacer desde Comillas.

Pero lo característico del establecimiento Blanchard es el ruido,

que ofrece allí todas las variedades y clases diversas de lo sonante, en tales términos, que la humana oreja no tiene nada que desear. El que haya pernoctado en Unquera lo ha oído todo, porque los techos, los pisos, los tabiques, la escalera del frágil mesón, han sido hechos con habilidad suma para que ni el más leve rumor se escape. Como no es posible admitir que ningún nacido haya logrado conciliar el sueño á orillas del Deva, puede suponerse de qué modo retumbará en el cerebro del viajero dormido aquel horrísono estrépito de coches, y el pisar de las fatigadas caballerías, y la charla de los pasajeros que entran y salen, y el incesante ladrido de todos los perros del mundo congregados en las inmediaciones.

El solícito arquitecto, ansioso de que su obra no dejase nada que desear, debió tomar todas las precauciones para evitar que algun viajero sibarita se entregase á los nefan-

dos deleites del sueño. Atento á realizar su humanitario plan, dispuso que debajo de los dormitorios estuviese la tienda de comestibles y cantina, donde debían congregarse los mayorales y trajineros para hacer sus libaciones. Gracias á esto, cuando alguno de esos holgazanes que viajan por puro gusto de viajar, se mete entre las sábanas y pide á la almohada un poco de reposo, se ve de súbito sorprendido por chispeantes diálogos, por galanas disputas, por apóstrofes y blasfemias de aquellas que levantan ampollas; y adquiere preciosas noticias sobre mil asuntos que algún día podrán serle de gran utilidad.

Muchos, y entre éstos tuve ocasión de contarme, se dan á todos los demonios, y hasta sostienen que aquello no es teatro, sino morada de hombres cansados, que anhelan soledad y silencio.

Todo en el mundo tiene remedio, hasta los insoportables ruidos de

Unquera; y nosotros adoptamos uno eficacísimo, que consistió en despedirnos del parador, tomando, al despuntar de un nebuloso día, el camino de Peña-Mellera, remontando el Deva.

VIII

SAN PEDRO DE LAS VADERAS.—PANES

Aquel río, harto de salmones, es en extremo pintoresco. Todo en él es bonito, el agua y las riberas. Remansada aquélla en algunos sitios, en otros corre con ímpetu, arremolinándose en los hondos pozos, bullendo en graciosas cascadas, y mostrando en su superficie verdosa cambiantes de luz y fajas luminosas, semejantes á estelas de invisibles naves. La tierra ostenta mag-

níficas praderas y bosques de seculares castaños, cuyos deformes troncos, torcidos y patizambos, parecen cuerpos de ancianos inválidos que apenas pueden tenerse; pero en sus ramas muestran tal cantidad de erizos que es forzoso bendecir la senectud fecunda de aquellos Matusalenes cargados de descendencia.

En este valle aparece el verdor de los campos salpicado de piedras y manchas pedregosas, señal de la proximidad de los montes; pero á pesar de esto, el paisaje es sumamente alegre y variado, contribuyendo á ello la amplitud del horizonte y el grandor de los términos.

La carretera ofrece una particularidad notable, y es su pendiente inútil en la margen izquierda, para bajar después, no existiendo razón que justifique tal trazado. Estos son los inconvenientes de entregar las obras públicas á ingenieros enamorados, que hacen esclavos de su insensata pasión á los inocen-

tes traficantes y pasajeros; pues según la pública voz, la incomprensible cuesta de San Pedro de las Vaderas, no tuvo otra razón de ser que la existencia de una casa á la cual iba el ingeniero con más frecuencia de lo que sus ocupaciones consentían. Es lamentable que aquel hombre sensible llevara sus desvíos amorosos hasta el punto de obligar á todos los viajeros de Peña-Mellera á pasar bajo las ventanas de una dama. Grande homenaje se debe á la hermosura, pero no tanto.

Panes, humilde pueblo enclavado en territorio de Asturias, nos ofrece dos hileras de casas modestas y alegres, y algunas personas amables que nos brindan hospitalidad generosa; pero no podemos detenernos, porque la atracción de la Hermida, irresistible como el vértigo de los abismos, nos llama hacia adelante, y es forzoso dar el gran paso antes que decline el sol. Seguimos avanzando, y de pronto todo cambia, país, suelo, ambiente,

luz. Parece que se acaba el camino y la tierra habitable. Enormes piedras altas, flacas, puntiagudas, escuetas, ceñudas, nos salen al paso-mejor dicho, nos lo cierran. Vemos frente á nosotros una horrible boca, una grieta, cuya profundidad se ignora. Vacilamos un instante; pero viendo que el camino entra, entramos también, llenos de asombro los ojos y con algo de miedo en el corazón. Durante largo rato los tres viajeros nos miramos en silencio.

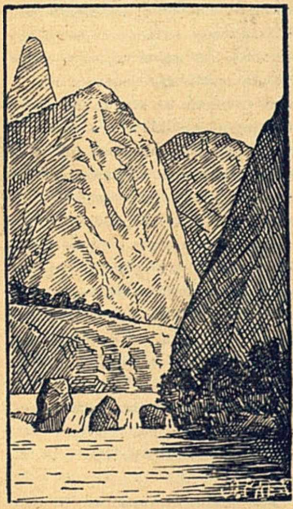
IX

LAS GARGANTAS

Llaman á esto gargantas; debiera llamársele el *esófago de la Hermida*, porque al pasarlo se siente uno tragado por la tierra. Es un paso estrecho y tortuoso entre dos paredes, cuya alta cima no alcanza á percibir la vista. El camino, como el río, va por una gigantesca hendedura de los montes resquebrajados. Parece que ayer mismo ha ocurrido el gran cataclismo que agrietara la roca, y que de ayer á hoy no han hallado las dos empinadas márgenes

su posición definitiva. Todo se mueve allí como si no tuviera base. La vista no puede convencerse de que aquellas ingentes baldosas que se han puesto de pie puedan permanecer así mucho tiempo. Allí, el pánico que precede á los grandes desplomes es permanente, y el viajero anda en perpetuo susto, viendo una cordillera suspendida sobre su cabeza.

En algunos sitios, la enorme muralla deja de ser vertical y se inclina hacia fuera, amenazando; en otros se tiende hacia atrás como para abrir paso; toda la roca es blanca, y en sus agujeros crecen árboles negros. Allí no hay tierra, sino en mezquinos huecos y grietas, y la vegetación se agarra á ella hambrienta y desesperada. Hasta en lo más alto se ven árboles entecos que parecen trepar, asidos unos á otros, poniendo en tierra un pie ó una mano, y en algunos sitios todo se derrumba, plantas y piedras, en espantosa caída.



El rumor del río, lento, igual siempre, monótono, acompaña todo el tránsito, y se le oye como la respiración de aquel abismo cuyos hondos pulmones mueven una y otra corriente de aire en las cañadas angostas, cual las sendas de la virtud. También allí tiene afluentes el Deva. Mira uno á derecha ó izquierda, y ve bajar despeñado, insensato, furioso, un arroyo, mejor dicho, un chorro que rompe su cristal espumoso contra mil peñas que á cada paso quieren detenerle. Por otros lados, los arroyos son quietos y mudos, porque son de piedras diversas y cantos rodados que descienden en tropel de las alturas. Les vemos inmóviles como catarata petrificada; pero cuando llueve, ruedan con estrépito confundidos con el agua.

Los recodos y ángulos de esta horrible grieta suspenden y embargan el ánimo. Parece que se acaba el camino y que hemos llegado al último punto de tan angustioso

viaje; pero la angostura sin fin da una vuelta y nos muestra algunas varas más de terreno llano, y nuevas murallas, nuevas amenazas de peñones gigantescos colgados del cielo. Allá arriba, en lo más remoto, cuando las montañas no puedan subir más, alargan desnudos picos, manos convulsas que increpan el cielo con terrible gesto; pero no se puede precisar la forma de tan extraña crestería, porque ni siquiera parece fija, sino movible como un erizamiento de cabellos desgreñados que el viento agita, ó la hinchazón irregular y caprichosa de gigantescas espumas.

Si en algunos lugares del paso no se ve nada más que un muro vertical, en otros las atrevidas torres, los minaretes, los chapiteles y agujas de mil facetas dejan atrás la arquitectura más variada y rica. Bóvedas y grutas se encuentran á cada paso y monolitos inmensos, que semejan hombres gravemente sentados, ó dioses reunidos en corrillo.

Gran parte de lo que por muchos siglos estuvo en lo alto, se ha despeñado y ha caído al suelo, por lo cual se ven enormes pedazos, á semejanza de ídolos rotos que obstruyen el paso del río.

La imaginación se excita, y el sublime espectáculo que ven los ojos se aposenta dentro del cerebro con tanta fijeza, que al fin parece que todo es obra del espectador mismo, una grande y tormentosa fantasmagoría de masas en lucha, como las que se revuelven en las angustiosas cavernas de una pesadilla.

Se llega al fin á un punto en que las montañas nos dan algún respiro separándose un poco. De su seno pedregoso nace ante nuestra vista un pueblo con media docena de casas y un establecimiento de baños. Aquí el agua no podría ser fría, ni aun tibia como en otras partes, y mana hirviendo y humeando. Estamos en la Hermida.

X

LA HERMIDA

Cuando se fundó este lugar, debía estar ya ocupada toda la haz de la tierra y no existir un solo pedazo de suelo donde poner la planta. Sólo así se comprende que haya un pueblo en medio de las Gargantas. Verdad es que el rico manantial de aguas termales disculpa este escandaloso lujo de colonización. A la Hermida, durante el verano, suele bajar el sol con gran contento de los vecinos, pobres anacoretas ó quizás hombres

llenos de pecados que anhelan limpiarse de ellos con acerba penitencia.

El establecimiento de baños es muy semejante á los que debieron estar en moda en tiempo de nuestro padre Adán. Los bañistas, si quieren serlo, se sumergen á la intemperie en anchas cubetas, libres de todo miedo á los aires colados. Luego pueden ponerse á secar al sol, como ropa, y si después de esto se curan, ya no tienen razón alguna para dejar de creer en los milagros. Es en verdad muy sensible que perteneciendo las aguas de la Hermida á una persona ilustrada y rica, no exista allí un establecimiento siquiera como los peores de nuestro país. En este caso, los manantiales hirvientes serían apreciados en su justo valor, y aquella solitaria Tebaida recibiría visitas de gente sentimental ó enferma, convirtiéndose en lugar de peregrinaciones estivales. Tal como hoy está, ofrece la Hermida un

ejemplo arqueológico del sistema de termalidad empleado en los tiempos que llaman prehistóricos, y si esto no carece de encantos para ciertos viajeros, es con la condición indispensable de estar allí poquísimo tiempo, el necesario tan sólo para ver cómo se baña la gente y poderlo contar después.

La ermita de San Pelayo es, después de la iglesia de Lobeña, el edificio de más importancia que se encuentra en todo el trayecto de las Gargantas, no inferior á cuatro leguas. Difícil es saber quien es el santo allí venerado; pero debió de ser hombre muy grande, á juzgar por sus lágrimas, unas piedras mayores que la iglesia.

Lobeña tiene mejor situación que la Hermida. Está en sitio algo más abierto y en un repecho á donde no es fácil pueda llegar el Deva cuando lo hinchan las aguas de invierno; pero aun así, es muy digno de lástima todo ser á quien tocó nacer en tal pueblo, á pesar de que

debe suponérsele bajo el amparo de San Pelayo, que lloraba montañas. Si en verano se le caen á uno encima las dos filas de inmensos peñascos, puede suponerse cómo serán aquellos lugares en invierno, cuando está obscurecido el sol durante meses largos, cuando los vientos silbna dentro de la angosta cañada. soplando en ella como en una corneta, y cuando caen chorros de agua, arrastrando piedras y murmurando imprecaciones por las laderas abajo, como condenados que van camino del infierno.

En verano pasamos la famosa garganta (también llamada *Hoz de Potes*), y no logramos salir de ella sin que se nos nublase el sol y se alterara la serenidad del día, haciendo de aquel antro una mansión de demonios. Una de esas tormentas que tan comunes son en el país cántabro, nos sorprendió en Lobeña, atajándonos el paso, pero en realidad podía perdonarse la contrariedad por la magnificen-

cia del espectáculo y la grandeza del sonido, que nos daba idea de los ecos del valle de Josafat en el terrible día postrero. El que no ha oído retumbar un trueno dentro de las angosturas de la Hermida, no conoce el tono en que habla Jehová por boca de Isaías. El viento, penetrando por un extremo, recorría bramando todo el conducto, y parecía que sacaba de su asiento las deformes rocas. En todas las cuevas y en las grietas todas daba un grito para despertar á los duendes dormidos. Lo más imponente era cuando en mitad del camino se encontraba con otro viento que venía furioso por el lado Sur. Chocando uno con otro, como indómitos guerreros, se revolvían allí con estrépito, haciendo remolinos y bufando de rabia, diciéndose las más atroces herejías y desgreñándose con furor, hasta que el uno lograba vencer al otro, le hacía volver atrás, y después le iba persiguiendo y dándole caza por toda la que-

bradura, sin cesar de hostigarle con tremendos resoplidos y balbucientes injurias.

También cayó agua; mas no quiso Dios que fuera en abundancia, y pudimos seguir. Comprendíamos lo que aquello será en las noches invernales, cuando se desgajen en agua los cielos. Entonces, seguramente no será fácil el paso, porque las empinadas cumbres de ambos tajos se dejarán arrancar lo que en ellas existe de frágil y movible, y conmovida la informe arquitectura y los góticos picachos, sobre el camino y sobre el río lloverán catedrales.

Por fin volvemos al mundo; por fin nos arroja de sí el formidable monstruo de piedra que nos tragó, y ya Cillorigo nos muestra ancho espacio y tierras extensas donde puede espaciarse la vista. Parece, como he dicho antes, que despertamos de una pesadilla, ó que volvemos del letargo angustioso de una gran jaqueca. Los derrumbaderos y

horribles precipicios de nuestro cerebro se disipan, y la dulce imagen de lo llano, de lo apacible, de lo apropiado á la planta y á la existencia del hombre llena nuestra mente. Todo te anuncia ya, ¡oh deseada Potes!, villa ilustre y señora de estos adustos lugares.

XI

POTES

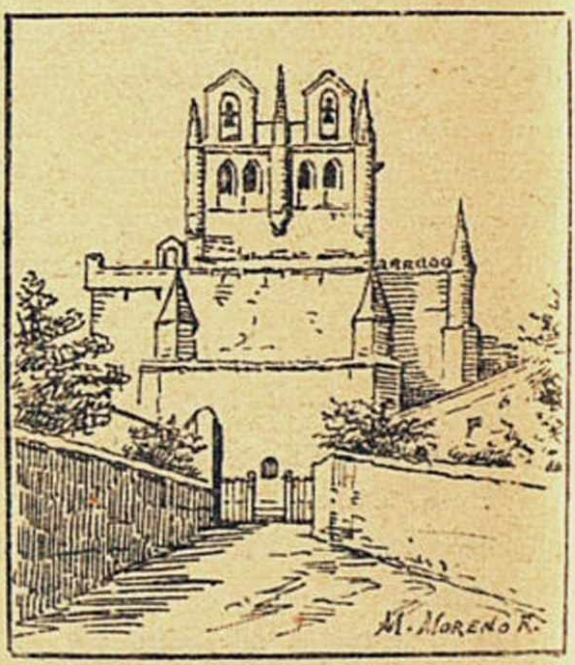
Preceden á este singularísimo pueblo grandes viñedos en laderas no muy frondosas. Los bosques se ven á lo lejos, más allá de las alturas donde tiene su atalaya vigilante el buen Santo Toribio. Potes se vanagloria de poseer en su reducido término toda la flora de España. Sus viñedos dan un mosto mejor que el mejor chacolí, fresco y puro como Burdeos. Sus olivares dan aceitunas como judias, y sus

garbanzos, menudos como perdigones, son sabrosísimos sobre toda ponderación. Pero la gloria de Potes está principalmente en sus jamones, que, si no llegan á los de Trevélez, superan á lo mejor de Westfalia é igualan al nobilísimo de York. Todo allí es bueno, aunque chico. El queso lebaniego, que se vende en los mercados de los lunes, es semejante en picor y horrible fragancia al más celebrado Roquefort.

La villa es indescriptible, pues no hay fórmulas á propósito para pintar las casas gibosas de la calle principal, estrecha y negra como alma de usurero. Hay, no obstante, algunas hermosas casas solariegas, y la plaza de soportales es no sólo transitable, sino buena y casi casi bonita. Desde allí se ve un torreón señorial de agradable aspecto y la grandiosa perspectiva de la montaña, cuyos grandes y escuetos picos blancos parecen dedos que están tocando el cielo.

«Allí están los osos», le dicen á uno; pero muchos de los que hablan de estos animales no los han visto más que en sueños.

La villa, lo mismo que sus habi-



tantes y los campesinos de Liébana que se reunen en ella los domingos, no tienen semejanza ni parentesco alguno con los montañeses. La fraternidad administrativa no puede quitar á Potes su

fisonomía absolutamente leonesa. Se ve en todo un sello y un colorido singular que no pueden expresarse fácilmente sino diciendo que no está aquel país bajo el imperio de la vaca, sino bajo el de la oveja. Una de las cosas que más llaman la atención en esta villa es el predominio de la lana negra en los trajes de hombres y mujeres, en los sacos de trigo, en las telas burdas que venden y hasta en los cordeles con que atan sus mercancías. El día de mercado, cuando se mira éste desde los balcones de la fonda, parece, según la expresión de uno de mis compañeros de viaje, que se ha derramado un tintero sobre la plaza.

El grande y más legítimo orgullo de Potes es haber sido cuna del insigne artista Jesús Monasterio.

XII

BASTA

Ha llegado la hora de desandar lo andado, poniendo fin por ahora á nuestra expedición. Otra vez será más larga, y arrancando de esta villa de Potes no terminará sino allí, en el más alto pico practicable de las Peñas de Europa, donde se forja el rayo y están en acecho la tempestades, aguardando el momento en que viven más divertidos los hombres para caer sobre ellos.

Volvemos á recorrer la Garganta de la Hermida, y la pasamos á la luz de la luna, que la alumbra con tristísima claridad, asemejando los tajos á gigantestos sepulcros de siglos, donde duermen el sueño eterno las edades pasadas. Pernoctamos en Panes, saludamos de lejos á Unquera, deseando muy buenas noches á los que se albergan en el parador, y pasado el río Nansa y los dos puentes de San Vicente, llegamos á la bifurcación del camino. Preferimos el del interior y visitamos á Treceño, Cabezón de la Sal, Casar de Periedo, Barcenaciones, Quijas y otros amenos lugares de esta deliciosa comarca, la más risueña de la Cantabria occidental.

He descrito á grandes rasgos este viaje, tan sólo por complacer á cariñosos amigos montañeses, y seguro de que no podría en manera alguna reproducir en el lenguaje escrito las bellezas y el inmenso atractivo del país cantábrico. Después de

hecha la prueba, siento que mi primera resistencia hubiera flaqueado poniéndome en la tentación de probar fortuna. Tiene la provincia de Santander grandísimo estorbo para escribir acerca de ella, y es que los eminentes literatos montañeses han tratado con singular destreza cuantos elementos atesora, no dejando nada para los intrusos. Esto debe poner gran recelo en el ánimo de todo el que quiera escribir de cosas santanderinas.

La Naturaleza y el suelo todo de la Cantabria ha sido descrito con poético y gallardo estilo por el insigne escritor D. Amós de Escalante, y las costumbres rurales y urbanas de tan encantador país, han sido pintadas magistralmente por la inimitable y seductora pluma de D. José María de Pereda, á cuya generosa amistad debo las delicias de este viaje, realizado en su grata compañía, juntamente con la del Sr. D. Andrés Crespo.

En lo relativo á erudición y ar-

queología montañesa, hay muchos y muy buenos escritos del mismo Escalante, de Asas, de Ríos y Ríos, de Menéndez, de Leguina, Casa-Mena y otros. De modo que para los advenedizos queda muy poco. Bien sé, pues, que no añado nada, absolutamente nada á lo que los montañeses saben de su país, y que muy poco enseño á los extraños que no lo conocen; pero no estaba en mí escoger la prueba de consideración más apropiada á preciosas amistades de aquella tierra, y he tenido que tomar ésta que fácilmente se me venía á la mano, y cuyo único valor consiste sólo en la gratitud que representa.

Septiembre de 1879.

ÍNDICE

	Págs.
I.—Santillana.....	9
II.—La abadía.....	22
II.—El Claustro.....	30
IV.—Alfoz de Lloredo.....	40
V.—Comillas.....	43
VI.—San Vicente de la Barquera.....	52
VII.—Las Tinas.....	62
VIII.—San Pedro de las Vaderas.—Panes.....	71
IX.—Las Gargantas.....	75
X.—La Hermida.....	81
XI.—Potes.....	88
XII. —Basta.....	92

75 céntimos.

SALA

SANTILLANA

SALA IX
714